

Tiempo para morir y tiempo para comenzar a nacer

Andrea, Quito, Ecuador, Noviembre 2022

Cuando el alma se resuelve a no querer nada si no es el seguir a su amado Redentor, (...) enfurecido Satanás, prepara una gran batalla y a ella trae todo su ejército infernal.

(...) se propone arrancar de nosotros las tres virtudes teologales. Pero dónde va directamente a poner el blanco es en la fe, porque conseguida esta, fácil cosa le es conseguir las otras dos; porque la fe es como el fundamento donde se levanta todo el edificio espiritual, que es lo que él quiere y desea y pretende destruir.

Dios entonces calla; no le impide su intento, antes prepara los caminos para que sea más ruda la batalla.

Y también tiene en ello sus fines, porque el prepararle los caminos es para dejarle en la batalla confundido, burlado y derrotarlo con la más completa derrota, y salgamos nosotros vencedores de esta batalla y quedemos invencibles en lo por venir.

Cuando Satanás ya se acerca a la pelea, lo primero que echamos de menos es la luz clara y hermosa que nos había Dios dado, para con ella conocer la verdad.

La escuela [del Espíritu Santo] se cierra; la memoria y la razón por la fuerza del dolor y sentimiento que el alma tiene, parece que se ha perdido.

¡Pobre alma! Quiere buscar a su Dios, y no sabe. Le quiere llamar, y no puede articular palabra. Todo se le ha olvidado; con tan profunda pena, se siente sola, sin compañía ninguna. (...) No hallo a que poderlo comparar: sola, sin su Dios, siente venir a ella como un ejército furioso, que la gritan que está engañada, que no hay Dios, y la cercan por todas partes, llenos de retórica que la dan conferencias, sin ella quererlo, pero no la dejan un punto, y con razonamientos tan fuertes y violentos, que a la fuerza la quieren hacer creer que no hay Dios, y con horribles bocachadas, que no hay el tal Dios a quien ella busca, (...).

(...) En esta tan inmensa y como infinita pena, allá a lo lejos y como una cosa que se soñó y que no se sabe que se ha soñado, se acuerda de la Iglesia y del amor que a ella debemos tener, y este recuerdo, como cuando a uno le ha faltado el conocimiento, y al volverle quiere hablar y habla como entrecortadas palabras, así el alma sin voz, y tartamudeando, como que atinó a decir: me uno a las creencias todas de mi madre la Iglesia y no quiero creer ninguna cosa más. Y sin poder decir más, ni hablar, ni entender así pasé meses y meses hasta pasados dos años. (Javiera del Valle)

Resumen

El siguiente escrito es un testimonio de mi experiencia y reflexión sobre el uso de las plantas maestras (en este caso concreto, la Ayahuasca) y su vinculación a la dimensión espiritual. A través de esta vivencia mística he podido tener una reconciliación trascendental con mis raíces cristianas, siendo para mí la parte más importante en todo este proceso de sanación.

Cuando me planteé escribir estas líneas, todavía se me complicaba poder plasmarlo o transmitirlo ya que fue una huella muy dura de superar, sin embargo, gracias al auxilio divino ese trauma ha ido quedando en el pasado, dejando grandes enseñanzas.

Dos años han pasado desde el evento que tuvimos que atravesar con mi esposo Pedro, dos años completamente duros donde todas nuestras capacidades como seres humanos fueron probadas.

De cierta manera, veo como antes era totalmente incomprensible mi perspectiva sobre un mundo espiritual, muy ignorante por así decirlo, y es que uno tiene que vivir este contacto para poder creer, personalmente creo que si uno no sana espiritualmente la relación con la divinidad no tiene una sanación completa.

Cuando Jesús peregrinaba, Él lo primero que hacía al llegar algún lugar era sanar a todos los enfermos, posesos, ciegos, etc., y después Él les transmitía la palabra de Dios, es decir, que primero debían estar limpios de corazón y espíritu para poder recibir el mensaje. Por medio de su fe, ellos obtenían sanación a sus males y enfermedades, entonces a partir de esa curación podían creer lo que venía a decirles el enviado de Dios. Para ser sanados debemos admitir que estamos enfermos y que necesitamos con urgencia ser curados.

Antecedentes

Nací y crecí en una familia católica, cuando yo era pequeña recuerdo que siempre asistíamos a la misa dominical del barrio y en esa época mi adhesión todavía se mantenía por las prácticas que tenía mi familia. Sin embargo, al ir creciendo, mi inconformidad con las situaciones familiares me iba alejando de Dios. Ya en mi adolescencia, bajo un constante sufrimiento por la realidad familiar que vivíamos, decidí desligarme totalmente de mi creencia en Dios ya que no encontraba una respuesta a ese dolor. Fue así que de una forma drástica y dura le reproché directamente a Dios por qué me había dado la vida si quería solo verme sufrir, que le había hecho yo para que Él me hiciera pasar todo ese sufrimiento. Definitivamente el dolor me cegó y mientras cerraba una puerta abría otra sin darme cuenta. (Este recuerdo no lo había tenido en cuenta o no había surgido hasta el año pasado donde empezó todo mi camino del perdón.) Fue así como deje de creer en Dios o lo que estuviera relacionado con Él, me volví muy dura y crítica contra mi propia familia o con cualquiera que tuviera una adhesión católica.

Mi fe se volcó a la naturaleza, a la creación, sobre todo a las montañas, ya que al mismo tiempo que rompí mi relación con Dios, Él mismo por otro lado se me manifestaba de una forma más palpable. En ese tiempo tuve la oportunidad de comenzar hacer montañismo, lo cual fue para mí una gran bendición, caminar en las montañas me hacía encontrar una gracia y una dicha que nunca había sentido, poco a poco iba sanando las heridas del pasado y ellas se convirtieron en mis maestras. Encontré en ellas una luz que me llenaba de esperanza y daba sentido a mi vida. En ese tiempo no consideraba para nada que esta bendición venía de Dios, pero ahora sé claramente que fue Él siempre él que me sostenía y me hacía salir adelante, sin mencionar que es Él mismo que se me manifiesta en todo lo creado.

Los conflictos familiares de mi infancia y adolescencia hicieron que me volviera una persona introversa, en el fondo de mi ser quería olvidar todos los malos momentos por los que había pasado, quería darle un nuevo inicio a mi vida y comenzar como otra persona. Fue así que al terminar el colegio adopté un apodo por el cual me comencé a identificar, no quería que hubiera más rastro de Andrea. A partir de ahí no volví a usar mi nombre, excepto para temas necesarios.

En el año 2012, tuve la oportunidad de tomar Ayahuasca por primera vez en la Amazonía colombiana, la verdad no sabía casi nada del potencial de esta planta milenaria, sin embargo, los relatos de personas cercanas que habían tomado me hacían buscar acercarme a ella. Tenía curiosidad sobre ese bienestar-sanación del que me hablaban, con bastante respeto, incluso con miedo, tomé la medicina con un taita Siona en Mocoa. Aquella experiencia sacudió todo mi mundo en un par de

horas, fue tan profunda la toma de conciencia que hasta el día de hoy lo recuerdo como si hubiera sido ayer.

Para no alargarme en este tema, solo quiero mencionar que a raíz de esta toma la relación con mi madre dio un giro de 180°. Además, tuve una comprensión profunda sobre la importancia de la vida y sobre cómo yo estaba maltratando esa vida que me había sido confiada. Cambios muy relevantes se dieron a partir de esa primera toma y, aunque no los entendía, sentía el bienestar que me había dado la planta. Pasaron un par de años para tener contacto una vez más con esta medicina tan sagrada.

Conocí a la abuela Mariana por mi esposo Pedro, y, junto con él empezamos a frecuentar la comunidad de la abuela Shuar. Los primeros 5 años las tomas de medicina eran muy esporádicas, lo cual para mí estaba bien, ya que era difícil ir integrando por mi cuenta lo que iba surgiendo. Creo que mis intenciones siempre fueron claras con la medicina, principalmente quería sanar un corazón roto y dolido, encontrar el sentido de mi vida y darle algún valor. Evidentemente en ese tiempo no tenía ni la mínima idea de que la ayahuasca abría las puertas aun mundo espiritual y que gran parte de la sanación venía de ahí.

Con el tiempo Pedro decidió que quería aprender sobre esta maestría, así que se comprometió con Mariana para hacerlo, por mi parte yo he ido acompañándolo en todo su proceso he ido también aprendiendo bastante de la abuela, para mí siempre fue importante el poder compartir con ella y poder llenarme de su conocimiento. Como maestra ha sido un gran tesoro y es a ella a quien le debo mi reconciliación con Dios.

En el 2019, Pedro fue a hacer un seminario en el Centro Takiwasi, en Perú, y a su regreso volvió con mucha información y experiencia que a los dos nos hacía eco. Teníamos una nueva perspectiva sobre la reconciliación con nuestra religión católica-cristiana, entonces empezamos acercarnos a nuestras creencias olvidadas, de forma bastante ignorante e hipócrita, ya que no teníamos una guía clara sobre lo que hacíamos o promulgábamos.

Año 2020, llegó la pandemia al mundo, los encierros y restricciones se volvían parte “normal” de la vida y, como no podíamos ir a la selva ni Mariana podía venir, Pedro habló con ella para pedirle medicina, aunque no consiguió nada, ya que con la pandemia las cosas se pusieron bastante difíciles en su comunidad y en su familia. Fue en junio cuando “nuestra pandemia” empezó a brotar.

¿Existe la magia?

Era junio del 2020 y la situación pandémica no tenía aspecto de mejorar por ningún lado. Al vernos tan alejados y distantes de la abuela Mariana, nuestra única posibilidad de conseguir medicina era con un “amigo” de Pedro. Esta decisión primero debía ser consultada con la maestra para obtener su aprobación, en el pasado ya nos habíamos equivocado en algunas otras formas por impertinentes. Pedro logró comunicarse con Mariana y ella accedió a que preparemos la medicina siempre y cuando sea de confianza la persona que nos iba a entregar las plantas.

En esta primera ocasión, hicimos todo como habíamos aprendido con la abuela, madrugamos para tomar el té de guayusa y después de eso nos pusimos a preparar la medicina en nuestra casa. En la noche, arreglamos todo para servirnos la medicina en casa (de esta primera preparación de medicina nos servimos unas dos o tres veces en días diferentes, no lo tengo muy claro porque no sabía que todo

lo sucedido venía de la medicina contaminada, al principio pensaba en que podrían ser proyecciones de mi inconsciente o alguna otra cosa parecida).

Abrimos el ritual como Mariana nos había enseñado, esa noche el efecto que tuve fue bastante diferente a lo habitual, me sentía muy mareada y mi vista no era muy clara, intentaba concentrarme, pero al cerrar los ojos tenía una como visión de mis abuelos ya fallecidos. No recuerdo si logré purgar aquella noche.

Algunos días después volvimos a servirnos la medicina ya que mi estado en la anterior toma me había dejado un poco intranquila. Ni bien comenzamos al cerrar los ojos, había una luz que me alumbraba por el lado derecho, lo raro era que al abrir los ojos esa especie de linterna desaparecía, al parecer no procedía de afuera. Pasaron los minutos cuando Pedro me llamó la atención, él me preguntaba si había visto esa luz que pasó por el patio de nuestra casa. Cuando volteé a ver no vi nada, sin embargo, eso me dejó inquieta, intenté no prestarle mucha atención cuando de repente vimos por la puerta esa luz blanca que iluminaba el jardín y desaparecía. Al presenciar eso, me quedé totalmente desconcertada y lo primero que pensé es que había alguien afuera. Mi primer pensamiento fue ése, porque justo esos días había habido algunos robos en la zona donde vivimos y para nada pensé que esa luz fuera un aviso o una intromisión del mundo espiritual.

Ante lo sucedido Pedro salió al patio para ver que todo estuviera bien. Al volver de la ronda por el terreno, me comentó que no había nadie. Yo, durante ese tiempo que él no estaba, me quedé rezando arrodillada en la puerta. Mi miedo se agudizó de una forma que nunca había sentido.

Me sentía aterrada como si en verdad alguien hubiera intentado hacernos daño, aunque no hubiera nadie en ese momento, evidentemente el daño fue espiritual y la huella de miedo fue la entrada para todo lo que vendría después. Con bastante intranquilidad acabamos la sesión de aquella noche. Al día siguiente corroboramos que esa luz no era de alguien presente físicamente, hablamos con el guardia de la urbanización y él nos confirmaba que a esa hora él había pasado haciendo su ronda de turno y que no había visto nada inusual.

Después de esta ceremonia, no recuerdo muy claro si volvimos a tomar medicina o no, durante este receso de tiempo empezaron a pasar cosas extrañas en la casa. Una mañana nos levantamos y nuestro cuarto tenía un olor fuerte, pero no sabíamos de dónde venía, parecía del techo, pero a ratos se sentía el olor en las almohadas, así mismo entre nosotros había un malestar que ninguno se atrevía a decirlo pero que cada uno lo notaba.

Durante este tiempo no teníamos mucha comunicación con la abuela, no obstante, estábamos muy pendientes de su hija Juana, ella acababa de tener un parto prematuro y su bebé no se encontraba muy bien. Por la situación pandémica era muy difícil para ella acceder a controles médicos, nosotros con el fin de ayudar logramos sacar cita con un doctor en Quito y ellos lograron viajar hasta nuestra casa. Cuando llegaron, percibimos el estado delicado de la bebé, lastimosamente después de esa noche muy complicada la bebé no logró despertarse más, fue un impacto muy duro para los padres y para nosotros. Por las medidas del covid, ellos regresaron lo más pronto a su casa, donde les esperaban ya sus familiares incluida la abuela Mariana.

Este evento me afectó emocionalmente bastante. Sentía que era nuestra culpa esa pérdida. Dado todo este tumulto de circunstancias un tanto extrañas pensamos que sería bueno servirnos la medicina para poder depurar algunas emociones, esto implicaba el pedir de nuevo las plantas a este “amigo”.

Durante este tiempo, tuve la presencia de muchas pesadillas que me despertaban en la noche con una sensación aterradora, incluso había noches en las que me despertaba con la sensación de que alguien estaba por hacerme daño, como si una sombra o especie de bulto negro quisiera atraparme, a veces me era difícil poder despertarme de esa persecución, como si algo no me dejará abrir los ojos. Era tanto el pánico que me levantaba invocando a Dios, a Jesús, a la Virgen, respiraba profundo para que el miedo no se apoderara de mí, muchas veces me costaba volver a dormir y si lo hacía era un sueño muy ligero. Entre las pesadillas que tenía, siempre se repetía el tema de un abuso sexual o de una persecución de ese tipo. Así mismo soñaba con estar subiendo montañas muy empinadas pero que, al llegar a la cumbre, alguien de aspecto tenebroso me empujaba al vacío. En otras ocasiones, la ascensión era un verdadero martirio donde me veía casi arrastrándome por las paredes de la montaña, sangrando manos y piernas.

Aparte de los malos sueños, empecé a tener un amortiguamiento en mis manos y al despertarme solía tener las manos entumecidas y me dolía mover los dedos. En mi espalda se empezó a manifestar una quemazón debajo del omóplato izquierdo, era como si me estuvieran apagando un cigarrillo. Es claro que en ese momento no me cuestionaba de donde surgían todos esos síntomas sin aparente conexión, creo que pensaba que podían ser miedos de mi inconsciente, “nada o nadie” que me pudiera estar haciendo un daño en realidad. Tal vez lo veía como algo mío porque hace unos años atrás tuve un episodio de pesadillas parecidas pero que, con el tiempo, fue desapareciendo e intenté no prestarle mucha atención en esa época.

En fin, todos estos síntomas me hacían cuestionarme qué estaba pasando conmigo, pero no los conectaba entre ellos y menos pensaba que me estaban diciendo algo sobre un daño espiritual.

¿Cómo podía saber que estaban operando un trabajo de magia sobre nosotros, principalmente sobre mí? ¿Cómo podía saber cómo maniobrar si nunca había oído hablar de eso? ¿Cómo te puedes liberar de su opresión si ni siquiera sabes de su existencia? Claro que tenía entendimiento, pero de eso a la práctica había un abismo. Uno escucha “magia” y piensa en trucos sencillos o algo más como lo venden en las películas, nunca me hubiera imaginado que con la magia podrías dañar a las personas, afectar su salud, familia, relaciones, trabajo, incluso acabar con su vida. En verdad suena como algo de ficción, pero no espere nada así, el mal existe, aunque nos neguemos a creerlo, y todas estas prácticas o maleficios que se vinculan a este son totalmente operativas.

Dada mi inestabilidad emocional con todo lo ocurrido hasta este punto decidimos pedirle a este “amigo” que nos volviera a traer las plantas para preparar la medicina. Esta ocasión fui yo la que recibió directamente de él el paquete malogrado.

El 17 de agosto madrugamos a tomar el té de guayusa por segunda vez para poder preparar la medicina como nos había enseñado Mariana. No sé porque este día se sentía un tanto raro, al preparar la medicina sentía bastante miedo como la sensación de que estábamos haciendo algo malo. Mientras preparábamos la ayahuasca, mi único pedido era poder sanar, quería de corazón poder sacarme ese estado de intranquilidad en el que me encontraba. La angustia era parte del transcurrir del día. Cuando ya estábamos por terminar la cocción, comenzó a soplar un viento muy fuerte que nos llamó la atención, además empezó una tempestad sumamente repentina y rápida. Esta vez hicimos la ceremonia en la pérgola, afuera de la casa, porque justo esos días estábamos terminando unos trabajos en casa.

Es importante mencionar que, durante todo este proceso de construcción en la casa, mi estado emocional era muy delicado, es decir, me sentía con la sensación de que alguien me estaba

observando como si alguien quisiera hacerme daño, me costaba quedarme sola con los trabajadores porque tenía pensamientos parásitos de abuso, y en general pasaba en un estado de alerta constante y de malos pensamientos.

Esa noche preparamos la mesa para la sesión y en esta ocasión puse dos imágenes, una de Jesús y otra de la Virgen, me sentía más segura haciéndolo. Pedro abrió la ceremonia como siempre lo hacíamos y nos servimos la dosis habitual. La mareación (embriaguez) no demoró en llegar, la sensación fue muy rara e incómoda, estaba totalmente intranquila con sensaciones indescriptibles en el cuerpo. Aun así, intenté no perder el control. Pedro puso un ícaro de los maestros de Mariana y mi mareación se fue de control totalmente, de repente solo quería decirle que apagara eso porque todo se estaba manifestando de una forma muy desagradable, el lugar se sentía lleno de presencias y mi malestar se veía más agudizado. Tuve un fuerte deseo de purgar así que tomé agua de chugchu (planta vomitiva que usan los Shuar), creo que alivié, pero no mucho. A medida que continuaba el ícaro, yo me iba disolviendo de una forma inexplicable, solo recuerdo que empecé a perder la vista y sentía que una corriente ingresaba por mis manos y subía a todo mi cuerpo, era tan desesperante esa sensación que lo único que yo podía hacer era sacudirme las manos e intentar limpiarme los brazos para sacar esa corriente que ingresaba perturbándome.

La gran mayoría de recuerdos de esa noche los tengo borrados o por lo menos recuerdo otras cosas que viví esa noche. Al acabarse el ícaro, yo sentí que estaba arrodillada sin poder ver nada, no sé cómo ni porqué se repasaba en mi mente los casos de curación que Jesús había realizado a posesos y endemoniados. Es inexplicable porque lo sentía en carne propia, era como si yo estuviera viviendo en ese tiempo y como si yo fuera uno de ellos. Es complejo poderlo explicar con el lenguaje común, no halló la forma de hacerlo, no obstante, lo que yo sentí después de eso era estar sumida en una completa desolación, me encontraba en un abismo donde no hay salida.

La palabra poseída era completamente palpable y comprensible en ese momento porque era lo que yo experimentaba, era como si un batallón de malos espíritus ingresara de forma violenta en mi cuerpo manifestándose en esas formas y sensaciones en mí.

Recuerdo pedir ayuda a Pedro. Lo único que podía decirle es que me ayudara, no veía y algo energético se estaba apoderando de mí, sentía claramente esta posesión, pero no podía decirle a Pedro lo que me pasaba en ese momento. Sé que él hizo lo que estaba a su alcance por ayudarme, aunque nada de eso funcionaba, seguro el tiempo pasó y pasó muy lento, entre todo eso recuerdo que le dije a Pedro que buscara ortiga para ortigarme todo el cuerpo, dentro mío sentía que eso podía ayudar, él no lo hizo y supe después que era porque él también estaba con la mareación elevada.

Según mis recuerdos yo pasé arrodilla frente al balde queriendo vomitar, pero no lo conseguía, solo me salían flemas espesas. En mi desesperación, empecé a llamar a la abuela, le imploraba que me ayudara, le preguntaba dónde estaba, me sentía sola y totalmente vacía. En mi desesperación, me surgió decirle a Pedro que llamará a Jaime Torres de Takiwasi, escuché su voz a lo lejos, por segundos me dio calma. La noche era eterna y yo estaba desolada, extraviada en una fosa oscura, en este extravío yo me sentía totalmente vacía, inexistente, era como si mi vida hubiera desaparecido, como si la ceguera parcial por la que pasaba se hubiera ido llevando todo lo que yo era, no tenía recuerdo alguno de mí misma. Buscaba e imploraba por ayuda, y lo único que surgió ese momento fue mi nombre ANDREA, Andrea tu eres fuerte, Andrea, Andrea, Andrea. Hasta ese momento había negado mi nombre, mi existencia, mi identidad, pero algo me hacía decirlo para salir de ese estado. Pedro se acercó y me ayudó a recordar mi vida y lo importante que era, recordé la montaña y lo que siempre me decía soy MUJER MONTAÑA, poco a poco salía de ese hueco, recordé a mis abuelos

maternos y les pedía ayuda, recordé la montaña en donde ellos vivían y le pedía mamá Chimbu (Chimborazo): ¡ayúdame! Cuando Pedroquiso que recemos, una fuerza inusual me imposibilitaba pronunciar e invocar a Dios, Jesús, María, era imposible que dijera sus nombres y esa noche no conseguí rezar, pero escuchaba como él lo hacía.

En algún punto de la noche creo que nos acostamos en el piso con Pedro y, sin saber cómo, empecé a distinguir una luz que me molestaba a lo lejos, fue cuando me di cuenta que ya podía ver, seguía bastante aturdida pero el efecto ya había bajado. Cuando me senté para apagar esa luz vi que todo a nuestro alrededor estaba hecho un caos, la mesa de la medicina estaba todo por el suelo, los perfumes estaban abiertos y regados, en fin, todo estaba como si hubiera pasado un huracán. Me encontraba extenuada, pero “tranquila”, cerramos la ceremonia y levanté todo para poder entrar a la casa. Aparentemente estaba bien, aunque no sabía exactamente lo que había pasado esa noche.

Al día siguiente me encontraba bastante cansada y sin apetito, tenía muchas preguntas e inquietudes sobre todo lo ocurrido. Ese día comentamos muy poco sobre lo pasado, creo que los dos nos encontrábamos perplejos ante toda la situación que cada uno tuvo que atravesar. Un día más tarde, ya asentando los pies en la tierra, me doy cuenta de que sigo aturdida y que poco a poco se empieza a manifestar un miedo en mi interior, me cuestionaba qué es lo que hicimos mal y me preguntaba en qué fallamos, claramente sentía que no hicimos bien las cosas, aunque no sabía exactamente cuál fue el error.

Intenté no darle cabida al miedo ocupándome en mis actividades, no obstante, lo único que podía hacer mientras me ocupaba era pedir perdón primero a Dios, luego a las plantas. Trataba de encontrar una respuesta, pero no había nada, sabía claramente que por nuestra soberbia y egoestábamos en esa posición. En la tarde Pedro se ofrece hacerme una limpia con huevo para aminorar mi intranquilidad, aprovechamos la ocasión para conversar sobre todo lo ocurrido.

Fue esta tercera noche donde comencé a sentirme totalmente vulnerable, el miedo se manifestaba de forma tan palpable que no me dejaba dormir, si lograba quedarme dormida por minutos había una sensación atemorizante que me despertaba súbitamente. Lo único que podía hacer era rezar y pedir perdón a Dios, no sé porque en ese estado relucían claramente mis faltas y sabía exactamente porque pedía perdón, rezaba hasta poder conciliar algo de sueño. Las pesadillas se seguían manifestando sobre todo el tema de un abuso sexual. El día jueves debíamos ir a hacer algunas actividades en Quito y recuerdo que mientras yo esperaba en el auto por Pedro, comencé a sentir que me faltaba la respiración y que la vista se me nublaba, el pánico se apoderó de mí y solo quería volver a la casa, el ataque insistente de malos pensamientos no me dejaba en paz y el susto me tenían en alerta. Al volver a casa Pedro me preparó un baño de plantas para aliviar mi ansiedad.

La verdad no entendía qué era lo que me estaba pasando solo sentía que ese miedo seguía aumentando, pasaron algunas noches de tormento hasta que decidí comentarle a Pedro mi situación. Llegaba la noche y mi realidad era angustiante, me levantaba varias veces en la nochetemblando y sudando frío, me sentía tan frágil que llegamos al punto de dejar una lámpara prendida para no sentirme tan asustada. Fueron noches muy duras y agobiantes, el cansancio se iba sumando al pánico que sentía por dentro; mi alma, mi mente, mi cuerpo, todo mi ser sentía notoriamente la presencia de algo que me acechaba, no era algo mental, era algo real que no lograba entender de dónde venía. Todo este tiempo tuvimos que alejarnos de nuestras familias para no preocuparlas, este abismo en el que nos habíamos metido nos tocó enfrentarlo solos.

Sola e indefensa me encontraba, no hallaba consuelo en nada y lo peor era saber que nada me ayudaba a integrar lo vivido. Unos días más tarde logramos comunicarnos con la abuela Mariana. Pedro le comento todo lo ocurrido y sobretodo mi situación, ella nos sugirió hacerme unos baños de plantas y tomar el té de guayusa, lastimosamente ella no lograba venir porque estaba pasando por problemas familiares. Como seguíamos sin tener soluciones, Pedro me sugirió ir donde un médico psiquiatra con experiencia en el uso de plantas maestras, además conocido de Pedro, al cual había también llamado esa noche. Fuimos donde él y le comentamos lo que pasó, Valerio nos sugirió tomar la Wachuma con él para ver lo que había pasado y poder solucionarlo.

Personalmente, yo no quería hacer ningún proceso con alguien que no conocía, tenía la esperanza muy al fondo de que la abuela me pudiera ayudar.

Todo ese tiempo lo único que pudimos hacer era tener paciencia. Pedro me preparó un aceite de cannabis para tomar en las noches, esta medicina me ayudó a bajar mi ansiedad y miedo, cuando me levantaba con pánico en las noches, él me ponía la mano en la frente y rezaba por mí.

Estos días que parecían una eternidad me hicieron meditar profundamente, era como si me hubieran revelado algo claramente, sabía exactamente porque estaba en esa situación, no me quejaba y lo aceptaba porque sabía que me lo merecía. En mi interior tenía muy en claro porque me había quedado ciega con la medicina, comprendía que así mismo había vivido toda mi vida o por lo menos desde que decidí alejarme de Dios. Resonaba con claridad mi falta de respeto y arrogancia ante Dios, era doloroso ver y aceptar a quien negué y reproché por mis heridas. Ese vacío que manifestó la medicina, era el vacío de mi vida sin Dios, no encuentro mejor forma de describirlo que como lo dice San Basilio el Grande “la ignorancia de Dios es la muerte del alma”.

Mi vida fue derrumbada en cuestión de horas o minutos y las consecuencias de mis errores habían dejado una desolación indescriptible, no hallaba consuelo en nada de lo que hacía. Esta crisis emocional había hecho resurgir una gran necesidad por confesarme, quería hacerlo, aunque me refrenaba por lo delicado de la situación, no tenía una idea clara de cómo hacerlo ya que es complejo hablar de las plantas maestras con alguien que no comparte esas ideas. En fin, un día, sin pensarlo mucho, al volver a casa pasé por la iglesia de Sangolquí y sentí repentinamente la necesidad de entrar y buscar alguien con quien desahogarme. No comenté mucho la situación que me puso ahí sino más bien me nació pedir perdón por mis faltas a Dios, al salir de la misa me sentía más ligera y con esperanza.

Como no teníamos noticias de la abuela, Pedro decidió comunicarse con su hijo Andrés, quien también es Uwishin (curandero Shuar). La verdad es que necesitábamos ayuda y no podía seguir pasando el tiempo sin saber cómo actuar. Andrés llegó a nuestra casa un mes más tarde de lo ocurrido esa noche, fue una semana intensa entre curaciones y tomas de medicina. Le comentamos todo lo ocurrido, la primera toma de medicina no me dio ningún efecto, él me dijo que era por lo que había pasado pero que ya se iba a ir. Me realizó algunas succiones y limpiezas aquella noche. Cuando volvimos a tomar, esta vez ya en nuestra casa, él nos comentó que era una pareja la que nos había hecho esto. Por mi parte, me daba más tranquilidad saber que era lo que había pasado, me daba tranquilidad saber que no era solo una proyección mía, sino que en verdad venía de algún daño que nos querían hacer. En ese tiempo tuvimos unos roces con unas personas que trabajaban en el terreno donde vivimos y pensamos que el daño venía de ahí, como Andrés no fue tan directo nosotros asumimos que era esa pareja de la que debíamos cuidarnos. Aprovechamos su venida para realizar limpiezas en las casas de nuestros padres, sin embargo, la noche que tomamos medicina en la casa de mi madre, el efecto que me dio fue con bastante somnolencia, pensamientos parásitos y al terminar la ceremonia empecé a sentir un palpito que nunca había tenido, era como si me latiera un corazón

en la zona izquierda de la cabeza, lo sentí claramente, aunque desapareció. Días después se volvió a presentar, sumado a un picor en los ojos. Por un tiempo las cosas parecían estar en calma, sin embargo, tiempo después de la venida de Andrés, se volvieron a manifestar las pesadillas además de todos los otros síntomas que ya venía experimentando.

En noviembre, aprovechamos el feriado para organizar un grupo para ir a la selva, esta vez y por primera vez iríamos a tomar la medicina en la casa de Andrés. Cuando él estuvo en Quito nos dio a entender que la abuela ya se había alejado de la medicina, al parecer no iba bien con la religión evangélica y ella estaba más dedicada al culto.

Sé que durante todo este tiempo ella también pasó por muchas calamidades familiares, conflictos, enfermedad incluso pérdidas, aunado a todos los problemas dentro de la comunidad. La verdad, para mí, era duro comprender que ella ya no quisiera ser más curandera, pero lo respetaba.

Me emocionaba bastante poder ir a la selva a purificarme y renovar las energías, aunque en mi corazón lo que más quería era poder ir a ver a la abuela, conversar con ella, escuchar su voz, saber cómo estaba, en fin, quería oír de su boca el porqué de su decisión.

Cuando nosotros entramos a la comunidad Shuar de Mariana, esa noche habían llegado dos chicas francesas que iban buscando a Mariana. Para ella fue totalmente inesperado y con firmeza ella quiso que se fueran, pero al final de todo su corazón de madre se dobló y aceptó que las chicas se quedaran.

Nosotros compartíamos con la familia de Andrés, pero estar ahí tan cerca de la abuela me jalaba a buscarla en los tiempos que podía. Esos días me trajeron paz y serenidad, pero más que nada pude hablar mucho con la abuela y, aunque me partía el corazón escucharle que se retiraba, me consolaba el hecho de que su amistad iba a seguir en pie. Con los ojos llenos de lágrimas aceptaba su decisión de ver por su familia, es inexplicable porque sentía que mis esperanzas se estaban rompiendo, aunque teníamos la protección y guía de su hijo.

Regresamos a nuestra rutina cuando semanas más tarde recibí una llamada, era la abuela, ella llamaba para comentar que después de que nosotros estuvimos ahí, ella había decidido ir a tomar la medicina con las chicas de Francia y el grupo que había venido de allá. Las visiones que había tenido le alentaban a seguir con fuerza, me comentaba que “la mujer sabia” le había venido a animar. Cuando yo le escuchaba decirme todo esto era como si me devolvieran la vida, en mí era como si prendieran una luz dentro de las tinieblas. Ella quería venir a Quito a visitarnos y saber lo que había pasado.

En diciembre, ella finalmente llegó a nuestra casa, pudimos compartir mucho en esos pocos días. Nos servimos la medicina, aunque no me dio ningún efecto. Ella nos sugirió hacer algunas limpiezas de la casa, las cuales las hicimos con ella mismo. A partir de este punto mi relación con la abuela había superado toda mi timidez, siempre fui bastante callada y más que nada me encantaba escucharla, sin embargo, este accidente me obligó a tener una relación de confianza y apertura total con ella.

A finales del mes de enero organizamos un grupo para poder tomar la medicina, por el momento era más factible realizarlo en Quito ya que por algunas circunstancias, entre ellas Mariana había perdido su maloquita (casa ceremonial) y por esa razón no podía recibir gente en su casa.

Ella vino en las fechas acordadas y realizamos la ceremonia en el lugar de siempre, esta ocasión hubo gran acogida por parte de las personas. Al llegar el sábado preparamos todo para el ritual de esa noche.

En cuanto a mi reconciliación era todavía bastante tibia, al no tener una guía clara de cómo proceder, pues lo hacía según lo que iba sintiendo. Hasta el momento había ido un par de veces aconfesarme, también había asistido a misa, intentaba tener una práctica de oración e incluso a veces rezaba el Rosario con mi familia. En todo este proceso de angustia me ayudaba bastante conversar interiormente con Dios sin importar lo que estuviera haciendo, eso me daba calma sobre todo el reconocer mis errores con Él. En verdad, todo lo que hacía era con la intención de obtener su perdón y de volver a tener la relación que había perdido.

Llegó la hora de abrir la ceremonia ya con todos los presentes listos, Mariana abrió el ritual dando las gracias al Padre Creador, a las medicinas y comenzó a repartir el jugo de tabaco con el cual siempre hemos abierto la sesión de Ayahuasca. Una vez que todos estuvieran estables, se procedió a servir el Natem (medicina Ayahuasca en shuar). Después de todo lo que había ocurrido el año pasado, yo personalmente me sentía más segura al usar el Rosario y un escapulario de la Virgen del Carmen, sobre todo en las ceremonias. Poco a poco el efecto del Natem empezó a subir y la abuela comenzó abanicar a cada uno de los participantes. Mientras iba haciendo eso yo comencé a sentirme bastante mal, primero sentía bastante frío (era una noche fría pero no de la forma en la que yo lo percibía), la mareación me iba trayendo un sentimiento de miedo y angustia a la par que mi vista se empezaba a nublar una vez más. Intenté estar tranquila, pero a ratos perdía la visión y eso me hizo descontrolarme mentalmente, por instantes revivía todo aquello que pasé esa noche. Saber que Mariana estaba ahí me daba fuerza para no desesperarme, lo único que se me ocurrió hacer es comentarle a Pedro como me estaba sintiendo para que cuando él pudiera le comentara a Mariana. Pedro intentó calmarme y darme ánimo, pasó el tiempo y él logró hablar con la abuela y ella vino a verme. Una vez más yo no encontraba palabras para describir lo que estaba pasando, lo único que podía decirle es que veía borroso y que me sentía mal. Mariana me dijo que intentará estar tranquila que nada iba a pasar, yo sabía que ella también tenía que ayudar a los demás y lo entendía, solo me quedaba tener paciencia y esperar mi turno, mientras tanto me aferraba a mi Rosario y rogaba a Dios que no me abandonara.

Pasó el tiempo que a mi parecer era eterno y Mariana vino a verme, quería saber qué era lo que me pasaba, pero solo le podía decir que me sentía mal, como si tuviera algo adentro era lo único que podía hacer referencia. Ella comenzó a abanicarme y yo me saqué la ropa excesiva que tenía encima, al hacer eso se me enredó el Rosario con el escapulario y terminaron haciéndose una maraña, eso me di cuenta más tarde cuando quise volver a ponérmelos. La abuela me abanicaba, pero yo me seguía sintiendo mal, no quería molestar al grupo, pero mi malestar era insostenible y Mariana tenía que estar pendiente de todos y conmigo así no le era posible. Cuando todos ya parecían estar bien ella me dio agua de chugchu soplada para que arrojara, fue inútil y era como si estuviera atorada la medicina, trataba de inducirme el vómito, pero no me salía nada.

Fui al baño y finalmente pude ver con la luz de ahí como estaba el Rosario, era un nudo interminable imposible de zafar, exactamente así me sentía yo como si tuviera una cuerda enredada alrededor mío y sobre todo en mis brazos. Me angustié mucho más al ver que no se podía desatarlos y sentía en mi corazón que eso no debía estar para nada bien, sin duda alguna quería decir algo más allá de lo que mostraba. La noche pasó, pero yo me quedé una vez más desconcertada con todo ese malestar que me traía la medicina, en verdad, me sentía poseída por algo que no lograba saber que era.

Y es que ¿cómo te defiendes de algo que no sabes que te está afectando?, ¿cómo sabes que el daño espiritual se manifiesta de todas estas formas si nunca antes lo habías vivido?

Al día siguiente, no sé porque, sentía que así como yo me sentía deben sentirse las personas con alguna enfermedad mental o los esquizofrénicos, no es posible explicar con el lenguaje lo que uno vive en ese estado y aun así es tan claro que sabes y sientes que hay algo que no eres tú mismo, no lo ves pero lo sientes tan ajeno a ti, atemoriza, arremete y simplemente es difícil poder explicarlo a los demás. Como si esta presencia te hiciera nudos la lengua imposibilitando el poder explicar lo que tienes o te sucede.

Volvimos a casa para descansar y le comenté a Mariana algunos malestares que había tenido esos días previos, ella se mostraba tranquila, aunque no nos decía exactamente qué era lo que estaba pasando. Al día siguiente, al despertarnos ella nos sugirió ir con ella para hacer otro tipo de rituales, al parecer ella no quería irse y dejarme en ese estado. Sin pensarlo dos veces, arreglamos todo lo necesario para poder viajar con la abuela. Ella me preparó un baño de asiento con muchas plantas para bajar el malestar íntimo que se había presentado esos días atrás, nos sugirió llevar algunas plantas, medicinas, remedios y perfumes que teníamos en casa.

Ese día lunes en la noche llegamos a Macas después de un viaje largo, nos recibió su hija Juana en su casa. A la madrugada siguiente nos levantamos temprano para servirnos el té de guayusa, después de un desayuno leve salimos rumbo a la laguna negra. Una vez ahí, la abuela nos llevó al borde de la laguna, hizo unas invocaciones y cantos en su lengua, luego inhalamos agua de tabaco y nos metió uno por uno a la laguna del páramo para purificarnos. Regresamos con rapidez al carro para cambiarnos ya que el día era frío y lluvioso. Después de eso, Mariana nos llevó a unos lugares típicos de la zona para servirnos un almuerzo ligero. Antes de volver a Macas aprovechamos para admirar el paisaje ya que se había despejado bastante, desde el lugar en el que nos encontrábamos nos dimos cuenta que más abajo en la quebrada había un cerdo muerto. Mariana con su hija hicieron algún comentario, pero en su lengua, eso me dejó un poco pensativa y con cierta duda. Al volver a casa repetimos el baño de plantas antes de la ceremonia.

Antes de empezar llegó la suegra de Juana, mientras preparábamos la mesa para la noche, ellase vio un poco irritada porque había llegado un pájaro a cantar cerca de la casa, al parecer eso no era un buen augurio y para los Shuar esa ave traía un mensaje con malas noticias. Yo miraba la abuela, pero ella parecía hacerse la desentendida, aunque lo comentaban en su idioma, supongo que no quería predisponernos antes de empezar la noche.

Llegó la hora de comenzar la ceremonia de Natem, solo éramos los tres en esta ocasión, nos servimos la copa de medicina y esperamos que el efecto hiciera su parte. Pasó el tiempo, pero a mí no me daba ningún efecto, estaba tranquila, veía que Mariana estaba bastante concentrada. Cuando empezó a interrogar a Pedro, preguntó sobre esta persona que nos había dado las plantas para preparar la ayahuasca, de dónde le conocía, quien era, qué relación teníamos con él. Después de escucharnos, ella dijo que esa persona también se servía la medicina y que le interesaba bastante el dinero. Cuando ella dijo eso, en mi cabeza, se empezaron a unir muchos cabos sueltos, yo también le comenté todo lo que sabía y recordaba. Yo no tenía una relación con esta persona, pero sí había estado presente algunas veces cuando Pedro se reunía con él. Después de tanto tiempo, por fin, sentía que las cosas eran claras, sentía un alivio en mi corazón por saber que todo lo que estaba atravesando era producto de un trabajo de magia que habían operado sobre nosotros, encontraba respuestas que me traían serenidad, aunque presentía que no iba a ser tan fácil salir de donde estábamos.

No sé si Pedro tenía la mareación elevada, asunto que recuerdo claramente como Mariana le ofrecía volver a tomar la medicina, cosa que no hace recurrentemente, ella le decía es para ti, supongo que era para que él pudiera ver claramente lo que pasaba. Pedro se decidió y repitió la dosis que esta vez fue soplada por la abuela. Mientras a él le iba cogiendo el efecto, Mariana analizaba en mí cómo proceder, siguió interrogándome algunas cosas más y comenzó abanicarme, me hizo varias succiones en todas las partes donde presentaba molestias, después de eso yo me quedé en mi puesto meditando todo lo sucedido. Pedro tenía el efecto muy fuerte, casi que estaba quebrado en el suelo, él pedía ayuda a la abuela, ella le daba ánimo y valor para enfrentar lo que atravesaba, sin embargo, Mariana tuvo que abanicarlo y ayudarlo mucho para sobrellevar el efecto. Por mi parte yo ayudaba en lo que podía, aunque tenía rabia con él por lo sucedido, no sé si él pudo experimentar todo lo que yo tuve que pasar o no, pero veía que estaba en un combate bastante fuerte. Con todo el malestar, él se retiró al patio para postrarse. Nosotras nos quedamos en la candela conversando cuando sonó el celular de Mariana, era su hijo Marco, su esposa se encontraba sumamente mal y necesitaba ayuda, ella le dijo que venga a donde su hija. Cuando yo pensé que todo estaba por terminar y que ya había visto toda la fuerza de la abuela, me di cuenta que recién estaba por ver toda su entrega y fortaleza.

Mientras esperábamos que llegaran, ella me pidió que le alumbrara con la linterna, cogió el vaso de la medicina y se repitió la dosis de ayahuasca. Marco llegó con Gladys casi agonizando, él le comentó todo lo que había hecho hasta el momento y Mariana se puso en ayudarla. Nunca antes había podido ver como ella usaba todos sus recursos para sanar a alguien, era impresionante ver cómo utilizaba todo lo que poseía a la mano. Limpiezas con fuego, con cigarro, con hojas frescas de tabaco, con huevos, abanicadas, cantos era todo un proceso tecnológico que me dejaba impresionada, entre todo eso yo me olvidé completamente de mis problemas y junto al fuego solo pedía a Dios por la vida de Gladys y por la protección de la abuela. No sé cuánto tiempo pasó entre toda esa sanación, finalmente cuando ella terminó les dio varias recomendaciones y me pidió que les fuéramos a dejar a su casa. Cuando regresábamos, ella me contaba sobre sus experiencias para la maestría de curandera, sin duda alguna, esto era algo relativamente sencillo para lo que ella había atravesado anteriormente.

A la mañana siguiente la abuela nos recomendó deshacernos de todo lo que teníamos de esta persona, que echemos todas las cosas que teníamos de él por el río. No hablamos mucho más, creo que ella nos reprendió lo suficiente en la noche. Antes de partir, le comenté a Mariana que no podía soportar la quemazón y picazón que tenía en la espalda, ella me hizo unos masajes con una pomada que teníamos y eso me ayudó. Nos despedimos de toda la familia y salimos de viaje.

En mi interior se despertaron una serie de emociones que me hacían cuestionarme muchas cosas, primero apareció la ira contra Pedro, pensaba que fue su necedad la que nos había puesto en peligro, tenía rabia de ver que él era impotente en reconocer su error y que ni siquiera era capaz de pedir disculpas, toda la información que ahora tenía me retumbaba en la cabeza y simplemente me podían en una cuerda floja, ya no sabía cómo continuar mi relación con Pedro, ya no sabía si quería seguir con él. A más de todas estas emociones, sentía mi cuerpo totalmente removido, los malestares eran más evidentes y fastidiosos, no solo físicamente sino también espiritualmente, todo mi ser fue apaleado y no encontraba consuelo que me hiciera ver otra cosa. Progresivamente durante el viaje mi enojo fue cediendo por la tristeza, me encontraba vacía como si se hubieran llevado todo lo valioso de mi ser, no pude contener más las lágrimas y empezaron a caer por mis mejillas. Pedro se dio cuenta y paramos cerca de un río para conversar, no podía callarme todo lo que estaba sintiendo, así que sin pensar mucho le dije todo, el sacarlo a la luz me ayudó a sentirme mejor, él se disculpó sinceramente y para mí eso fue como un primer bálsamo curativo, sentía en el corazón un empujón para seguir adelante.

Al llegar a nuestra casa tuvimos que replantearnos algunas cosas, entre esas sabíamos que este proceso iba a ser largo y que necesitábamos un espacio para poder recibir la medicina con la abuela. No podíamos seguir alquilando espacios en otros lugares, necesitábamos un lugar propio que esté al alcance de todas nuestras medicinas y de nuestra casa. Sin darle mucha vuelta al tema, decidimos construir un pequeño “templito” en el terreno donde vivimos. Hicimos todo lo posible por tenerlo terminado antes de la próxima ceremonia y así fue.

A partir de aquí todo nuestro proceso de sanación se dio en nuestro lugar con todas las medicinas al alcance de nuestras manos. Era de vital importancia crear este espacio ya que no solo era un proceso de tomar medicina sino que parte de las curaciones se llevaban a cabo al día siguiente. Mi compromiso fue absolutamente firme y de total obediencia.

Mensualmente realizábamos ceremonias en este nuevo espacio (siempre con la abuela), para mí era muy alentador recibirla a menudo en nuestra casa, podía compartir cosas tan lindas de su vida, sus enseñanzas y travesías hacían ver mi problema absolutamente pequeño, ella me infundía tanta valentía y coraje para no rendirme. Todas sus palabras siempre daban justo en el clavo flojo, llenándome de esperanzas.

Cada vez que se acercaba la fecha para tomar la medicina, mi espíritu se removía enteramente y lo podía sentir con algún malestar en el cuerpo. El miedo por no saber que me deparaba la noche era siempre inquietante, aunque a la hora de la ceremonia solo me lanzaba y confiaba por más atemorizada que estuviera, aun así, las travesías eran recorridos espeluznantes y aterradores.

Los demonios no tienen una forma visible determinada, su forma es inmaterial. Por lo tanto, si se manifiestan de forma visible podría adoptar cualquier forma que desearan. (...) Y así Dios sólo les permite aparecerse como sombras que se mueven, como engendros monstruosos, como hombres pequeños de color muy negro. (José Antonio Fortea)

Buena parte del año había vivido sumida en el miedo, incluso llegué a bordear el límite de la desesperación; desalentada y confundida no sé de donde salían las fuerzas para seguir. Mi arrepentimiento con Dios era totalmente sincero y le suplicaba que me sacara de ese infierno. Detanto insistir, creo que Él se apiadó de mí. Fue ahí cuando sutilmente fueron llegando todas estas perlas de la religión católica.

Metanoia

“Dios es el médico”, a Cristo se le conocía como *Christus Medicus*, Él era el médico de las almas enfermas por el pecado y su casa, la Iglesia, se fundó como una “casa de curación” no como un tribunal (San Juan Crisóstomo). El Señor no quiere la muerte de sus hijos, sino que ellos se conviertan y se purifiquen. Al final toda esa angustia diabólica fue desapareciendo porque Dios tuvo la amabilidad de tocar mi corazón y brindarme consuelo.

El año 2021 fue completamente duro. Sé que Dios me llenaba de valor para enfrentar de alguna manera a todo lo que tenía que atravesar, no fue un camino sencillo el ir aprendiendo a sanar, es indispensable tener total confianza y fe en el remedio de curación. La purificación y restauración del cuerpo se dio por las limpiezas que hacía la abuela sumada a las plantas purgativas, pero para sanar el espíritu quebrantado fue otro el camino. Este proceso espiritual religioso fue más complejo restaurarlo, no porque mi maestra no me lo transmitiera, sin ella no hubiera podido sanar mi relación

con Dios, que es la parte más importante de todo, no obstante, había una gran brecha entre sus creencias evangélicas y mis creencias católicas. Seguramente me equivoqué bastantes veces y eso generaba que la sanación fuera mucho más lenta. Paulatinamente, en el transcurso, fui encontrando guías para llevar a cabo mi conversión o metanoia.

Comprendí que la metanoia y todo lo que tiene que ver con Dios es algo totalmente sagrado, no es un protocolo estético que se usa solo cuando tomas Ayahuasca, sino que toda tu vida debe permearse de esta dimensión espiritual, cada acto cotidiano por más simple que fuese debe involucrarse en esta disciplina sacra, el camino de Dios es una elección libre, pero que implica un compromiso para toda la vida o por lo menos así lo siento yo.

El bagaje espiritual que conllevan los sacramentos instituidos por Jesucristo y la Iglesia, es lo que ha marcado la diferencia en esta liberación espiritual. La oración, la confesión, la liturgia, el sacramento, la limosna, la penitencia, el ayuno, el arrepentimiento, la humildad, las lágrimas, fueron parte de los remedios para mis males.

“Dios nos golpea para sanarnos; nosotros somos los que lo ofendemos por ingratos”. (San Juan Crisóstomo)

Conviene aclarar que por ningún motivo desmerezco el potencial de la medicina Ayahuasca ya que sin ella no se hubiera podido poner en evidencia todas estas comprensiones, siendo ella la vía de purificación y la maestra en el camino. Igualmente, no existiría la mínima posibilidad de haberlo atravesado sin mi gran maestra y abuela Mariana, es a ella a quien le debo el inmenso favor de devolverme la vida y, al decir esto, es claro que a ella le debo mi reconciliación con el Señor. Sin embargo, creo que es más importante compartir esta respuesta espiritual y religiosa de la que he sido parte.

Sin saber de dónde surgían fueron llegando muchas reflexiones por errores cometidos que incuestionablemente eran necesarios confesarlos para pedir perdón por ellos, no solo con un sacerdote sino a las personas involucradas como mis padres, mi familia, personas que había lastimado, amigos, en fin, esa era la primera parte de esta reconciliación, pedir PERDÓN. Este arrepentimiento nacía de forma espontánea y genuina. Es increíble reconocer el poder que tiene el perdón, sinceramente yo lo veo y lo siento como una dicha, una gracia que viene de la bondad absoluta del Padre. Al verme en mi desdicha y miseria, comprendía amorosamente como es el amor de Dios, cuando uno abre esa puerta. Él llega a sanar cada herida de nuestra alma y muchas situaciones se van sincronizando y sanando alrededor de uno mismo. Ahora puedo entender una de las verdades del catolicismo, es la religión del perdón no de la culpa. Si humildemente uno se acerca y toca a esa puerta, seguro será atendido.

Pedimos ser perdonados, pero ¿qué pasa cuando debemos perdonar? En mi caso al comienzo fue duro asimilar el proceso porque creía firmemente que mi deuda era con Dios y no con esta persona que nos hizo daño. La herida abierta y el trauma estaban ahí difícil de sanarlos sin tenerlos medios de curación. Por un lado, ahí estaban los sabios consejos de Mariana, ella siempre me repetía que hay que aceptar todo en la vida, lo bueno y sobre todo lo malo, agradecer por ello, claro que fue con el tiempo que fui palpando lo que me aconsejaba.

“Pero yo os digo a vosotros que me escucháis: amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os aborrecen, bendecid a los que os maldicen y orad por los que os calumnian” (Lucas 6, 27-28)

Con la medicina y en los rituales empecé a rezar y pedir por su perdón, simultáneamente cuando todo estaba más claro sentí misericordia por él, todos como seres humanos somos débiles unos más otros menos. Así como esperaba ser perdonada por la misericordia de Dios, asimismo encontré misericordia para perdonar a quien me había hecho daño. El recorrido fue un vaivén desentimientos y emociones, un par de veces me sentí totalmente desmotivada, con ganas de rendirme porque cuando todo parecía estar bien, de repente, volvían los ataques. En mi comprensión tan pequeña, no entendía porque me quería hacer tanto daño, si apenas lo conocía. El aceptarlo y rezar me ayudó a perdonarlo.

Paralelamente de la mano del perdón venía caminando la gratitud. Gratitud por estar viva, gratitud por todas las bendiciones de mi vida, gratitud por mis padres, gratitud por las tribulaciones que había enfrentado en mi crecimiento porque por ellas habían abierto las puertas para mi conversión. Salir de eso me llenaba de una alegría que no tiene palabras y aunque todo lo que vivenciaba era difícil, era claro que me sentía agradecida por ello y más por dejar esa “ceguera” en la que había vivido toda mi vida.

Espontáneamente, mientras iba recorriendo este renacimiento espiritual, en mi inconsciente se repetían los pasajes bíblicos que alguna vez en mi infancia había escuchado en la misa. En esa edad yo no prestaba atención a las lecturas y me parecía extraordinario el recordarlos sin nunca haber tenido la intención, podría decir que se quedó inscrito en mi alma y resurgieron en ese momento haciendo un gran eco en mí ser. De repente la parábola del hijo pródigo, la oveja perdida, e incluso la ceguera de Pablo, eran como haberlos vivenciado en carne propia. Esta iluminación interior a través de la palabra divina me hacía sentir una contrición que hondamente me hacía aceptar mi cruz y, a su vez, me hacía sentir totalmente consolada. Las parábolas me hacían sentir y “ver que Dios, no pide cuentas de los errores cometidos, sino, al contrario, va en la búsqueda del que yerra, y goza luego de haberlo encontrado más que si hubiera permanecido seguro”. (San Juan Crisóstomo)

En nuestro caminar fue una bendición tener la referencia y contacto con las personas de Takiwasi, su disponibilidad, sus escritos, sus referencias, sus ícaros, su guía, su trayectoria, etc., ya que gracias a toda su experiencia y ayuda nuestra conversión fue encontrando un sendero más claro.

El proceso con la abuela Mariana llegó hasta el mes de noviembre, en sus últimas visitas ella se veía bastante desmotivada y agotada por todo el sacrificio que conlleva ser curandera, sin dejar de lado todos sus conflictos familiares. Para mí fue triste el no poder continuar mi proceso con ella, a veces la falta de comunicación clara me hizo sentir confundida del porqué de sus decisiones. Yo lo respetaba, pero me tomó algún tiempo comprender que no era por nosotros que se alejaba sino por sus necesidades.

En esta ocasión, por decisión de ella misma, continuamos nuestra sanación con su hijo Andrés. Él continuó haciéndome limpias y succiones para eliminar los rezagos y lazos de la magia. Las tomas de medicina con él empezaron a ser menos inquietantes y más tranquilas, las visiones demoniacas y la tortura empezaron a desaparecer y mi confianza se vio más fortalecida. En cuanto a mi apertura religiosa me sentía mejor con Andrés ya que él no tiene una filiación evangélica, por ese lado no sentía que yo ofendía o incomodaba a nadie.

Actualmente, continúan algunas perturbaciones físicas de forma muy leve, casi que han desaparecido completamente, los malos sueños se han reducido en gran medida, aunque me dejan claro que hay un nudo o bloqueo, el cual debo trabajar. Mi estabilidad emocional se ha visto enormemente restablecida y, cuando vienen estos ataques, ya no me paralizó de forma angustiada, sé que Dios está conmigo y si esa es su voluntad yo la acepto. Todo el corpus cristiano me ha ido revistiendo con

armas para este combate. Por el momento, la vida continúa, pero ahora mi vida tiene sentido porque Dios está en ella.

Había escuchado que la lepra quiere decir “pobres de espíritu” y después de todo lo que he vivido me doy cuenta que la realidad actual se deja palpar por esa pobreza, necesitamos ser curados de nuestra enfermedad espiritual. Mientras más nos alejemos de Dios, más enfermos vamos a estar. La medicina tradicional ayahuasca, en un contexto ritualizado, nos abre la puerta a esta dimensión espiritual que es mucho más efectiva y operativa si se conecta con las prácticas del cristianismo. Esta medicina y esta religión, al ser integradas, producen grandes niveles de sanación. El poder vivenciar estas experiencias místicas nos puede sacar de nuestro mimetismo narcisista y llevarnos a otros niveles de comprensión de la vida, principalmente de nuestra filiación como hijos de un único Padre y del infinito amor que Él nos tiene.

Para mí, es claro que después de todo este proceso de sanación hay una diferencia abismal en mi vida. Fui crucificada a mis 33 años y ahora sé que el camino es estrecho y lleno de pruebas, solo confié en tener las guías claras para seguir recorriéndolo. Sé que este es el inicio de una nueva vida cristiana donde tuve que morir y purificarme en todos los planos de existencia para renacer espiritualmente.